

¿MUJER, ESCRITORA Y ÁRABE?

Juan Gabriel Martínez Martínez

(Reseña bio-bibliográfica en números anteriores)

“Zaza avait-elle succombé à un excès de fatigue et d’angoisse? Souvent la nuit elle m’est apparue, toute jaune sous une capeline rose et elle me regardait avec reproche. Ensemble nous avons lutté contre le destin fangeux qui nous guettait et j’ai pensé longtemps que j’avais payé ma liberté de sa mort”

(Simone de Beauvoir, *Mémoires d’une jeune fille rangée*, IV)

La condición femenina.

Buen día el 8 de marzo para empezar un artículo sobre una escritora. Y más si se trata de una chica joven que ha iniciado también una carrera cinematográfica y teatral. Su nombre es Saphia Azzedine. En concreto, lo que nos interesa de esta escritora es su origen árabe y su relación con la religión de sus padres, el islam; aunque todo en ella, tanto su condición de mujer como su personalidad, es motivo de estudio al abordar un análisis de su escritura. Sus filmografía y producción teatral las dejaremos para otro momento, aunque estén estrechamente relacionadas con su obra escrita, tratándose de adaptaciones de sus, hasta el momento, cuatro novelas.

Pero no podemos iniciar este artículo sin una consideración previa fundamental hacia su condición de mujer, lo que nos hace reflexionar sobre la condición de otras escritoras ilustres y en general sobre lo que Simone de Beauvoir llamó en 1949 “el segundo sexo” en el libro de idéntico título (*Le Deuxième sexe*). Para esta imprescindible escritora francesa (más imprescindible aún para entender el feminismo del siglo XX) no hay nada de eso que se llama “el eterno femenino”, lo que trasladado a la literatura podría ser una negación de una pretendida escritura femenina. Solo hay una naturaleza humana. Lo que caracteriza la psicología femenina es el resultado de un largo sometimiento al hombre y no de diferencias originales e inmutables. Y el camino emprendido por muchas mujeres luchadoras, cada una desde su ámbito, es la historia de una emancipación intelectual, moral y social. Se trata de un proceso largo y doloroso, lleno de historias admirables y sacrificios personales, pero gracias a todos esos esfuerzos, a todas esas experiencias, a todos esos pequeños pasos, la mujer ha alcanzado en la actualidad en la mayoría de los países un estatus en el que pocos creían hace poco más de un siglo. Huelga decir que no todo está conseguido, y precisamente a las que aún sufren situaciones de injusticia, de sometimiento y de violencia, en todas las culturas y latitudes, en nombre de tradiciones y creencias obsoletas, van dedicadas las siguientes páginas.

Por ellas y para ellas.

Acceso al poder y reivindicación de la sexualidad.

Mujer escritora, literatura erótica, inmigración, Islam... Aparentemente estamos ante términos que eran casi irreconciliables hasta hace bien poco. Desde el punto de vista de la emancipación femenina, y haciendo un repaso de la lucha de algunas ilustres feministas por alcanzar la igualdad de derechos de la que goza desde la noche de los tiempos la otra mitad de la población mundial, en cualquiera de los cinco continentes, lograr la convivencia entre ellos es un paso más y definitivo por dignificar y hacer visibles a un gran número de mujeres de esa confesión (también se podrían incluir algunas “tradiciones y costumbres” de comunidades indígenas en América Latina, África, Asia, Oceanía e incluso en Europa como es el caso de algunas comunidades gitanas).

En ese recorrido histórico, los primeros nombres que nos vienen a la cabeza cuando nos referimos a feministas y otras luchadoras por los derechos civiles de las mujeres son los de las británicas Lydia Becker y Emmeline Goulden Pankhurst; las americanas Susan Brownell Anthony, Lucy Stone, Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott; la alemana Clara Zetkin (a la que se debe justamente el establecimiento del 8 de marzo como Día Internacional de la Mujer); la italiana Ana Maria Mozzoni; la rusa de origen judío, Rosa Luxemburg, o más recientemente la francesa Simone de Beauvoir, con su obra clásica ya citada, *Le Deuxième sexe* (1949). En ellas han bebido las feministas de hoy y muchas de las mujeres que finalmente han accedido a puestos de responsabilidad política en sus respectivos países: Golda Meir en Israel, Wangari Maathai en Kenia, Indira Ghandi en India, o la presidenta de Liberia, Ellen Johnson-Sirleaf (Premio Nóbel de la Paz 2011, junto a su compatriota Leymah Gbowee, activista y pacifista promotora de la huelga de sexo entre las mujeres de su país, cual una Lisístrata africana del siglo XXI, y la yemení Tawakkul Karman), o la Premio al Sustento Bien Ganado de 1993 (también conocido como Premio Nobel Alternativo), la también india Vandana Shiva. Como vemos, este feminismo ha incorporado a lo largo de su desarrollo elementos ecologistas, pacifistas, socialistas, etc., pero lo fundamental de ese empoderamiento de la mujer ha sido la adquisición de la conciencia de su individualidad, de su independencia dentro de la sociedad, de su responsabilidad consigo misma y con el resto de sus compatriotas; y, cómo no, de su sexualidad. Todo ello las ha llevado a manifestar sin pudor sus deseos, sus aficiones, sus miedos..., exactamente con la misma libertad con la que se han manifestado cientos de hombres durante siglos y siglos de producción cultural masculina.

Durante muchos años las mujeres concienciadas tuvieron como principal objetivo la lucha por la independencia económica y el derecho al voto. Obviamente nos referimos a los pueblos que gozaban de una tradición democrática y económica liberal/capitalista. Por eso no es de extrañar que las mujeres citadas más arriba vivieran en países de Europa o América, donde

surgieron las famosas sufragistas en el siglo XIX y principios del siglo XX. No es hasta bien entrado el último siglo cuando escritoras como Virginia Wolf, Anaïs Nin o Simone de Beauvoir empiezan a introducir el sexo y la libertad sexual en sus producciones escritas, de forma más o menos explícita. Y así llegamos a la literatura femenina del último tercio del siglo XX, cuando aparecen títulos como *L'amant* (1971) o *L'homme assis dans le couloir* (1980), de Marguerite Duras, por citar solo dos títulos de esta reconocida escritora francesa en cuya obra el sexo ocupa un lugar central, casi hasta rozar la literatura abiertamente pornográfica. En esa misma línea encontramos la obra *Quand tu vas chez les femmes* (1982) de otra escritora francesa, Christiane Rochefort. En un nivel algo inferior situaríamos la celeberrima *Emmanuelle*, de Emmanuelle Arsan -pseudónimo bajo el que se oculta la esposa franco-tailandesa de un diplomático francés (Louis-Jacques Rollet-Andriane, al que algunos críticos atribuyen la autoría de esta escandalosa novela en 1959), cuyo verdadero nombre de soltera era Marayat Bibidh- obra considerada ya casi un clásico de la literatura erótica, principalmente consumida hasta hace poco por hombres; hasta desembocar en el gran éxito comercial de esta temporada, la saga de las *Cincuenta sombras de Grey* de E.L James (2011), que parece haber roto definitivamente las resistencias de las lectoras para adentrarse en el apasionante y apasionado mundo de la literatura erótica, y que ha seducido a un segmento de mujeres que veían hasta no hace mucho el sexo como un tabú, producto solo consumido por hombres lúbricos y rijosos, pero que ahora se lanzan sin recato a manifestar en conversaciones de peluquería, de gimnasio o hasta de comida social los aciertos literarios y los efectos que en ellas producen esos pasajes de libido exultante.

Como hemos dicho antes, en países de tradiciones culturales diferentes a la occidental, desde América Latina, a África o Asia, las aspiraciones de su población femenina siguieron el mismo desarrollo: primero alcanzar la libertad individual y conquistar los derechos civiles de los que ya gozaban sus compatriotas masculinos, y posteriormente la conquista de la libertad sexual. Pero allí el empoderamiento femenino llegó algo más tarde, siendo pocas las creaciones literarias (y mucho menos de contenido erótico) de las intelectuales de esos países.

En este proceso hemos mencionado de pasada la religión, cualquiera que sea el credo predominante en cada comunidad. Y es que no podemos obviar el papel represor que las religiones han ejercido en todas la épocas y todos los países, donde poder y credo se identificaban (e identifican aún) estrechamente, hasta considerar a los gobernantes como representantes de la deidad en la tierra. En los países laicos occidentales, de mayor tradición democrática, la separación entre religión y estado ya hace siglos que se estableció (aunque a algunos les costó más que a otros, y no vamos a citar ejemplos), pero en los países en los que el islam es la religión mayoritaria -o incluso religión de estado- las mujeres han continuado padeciendo situaciones de sometimiento y discriminación que deberían ruborizar a cualquiera de

nosotros, siendo víctimas constantes de la vulneración de los más elementales derechos humanos. Y evidentemente la libertad sexual es el último de entre los últimos territorios que las ciudadanas de esos países han conquistado o tienen todavía que conquistar.

En ese contexto es en el que adquieren especial significación las trayectorias de escritoras e intelectuales de origen árabe como Saphia Azzedine o Joumana Haddad (*J'ai tué Shérérazade*, 2010), ensayista y editora libanesa de la que algún día tendremos que ocuparnos por su originalidad.

Literatura y sexo.

Al introducirnos en la obra de Saphia Azzedine lo primero que nos llama la atención es la naturalidad con la que aborda el sexo, incluso en los detalles más escabrosos. Obviamente no es la primera ni la última escritora que aborda estos temas, pero su estilo, natural, cínico, directo, nos golpea de repente con realidades que hasta ahora quedaban circunscritas a las páginas de sucesos y a la crónica judicial. Podríamos incluso decir que hay un cierto sentido del humor en el tratamiento de esas realidades, debido sin duda a su carácter literario, pues de otra manera no podrían producirnos sino repugnancia. Tanto es así que, si bien el sexo es el tema principal de la literatura erótica, en este caso dudamos seriamente que su obra se pueda considerar erótica: no hay sensualidad, ni excitación, ni *glamour*, como en esas obras relamidas de apariencia culta y elegante que tanto proliferan hoy en las librerías con títulos como “Sumisamente tuya” o “Te daré lo que me pidas” u otras majaderías por el estilo (no sé tan siquiera si estos títulos existen, por lo que ruego que me disculpen si alguno coincide con la realidad. Nada más lejos de mi intención que hacerles publicidad a estos subproductos literarios, que no son sino la versión postmoderna de las novelas de Corín Tellado o de Barbara Cartland, aunque todo lector tiene derecho a encontrar la literatura que se ajuste a sus gustos).

Dejando aparte estos títulos, dirigidos al público femenino, la literatura habitualmente catalogada como erótica ha tenido un público mayoritariamente masculino. En ella se nos suelen presentar ciertas prácticas sexuales (constitutivas del inconsciente masculino) conocidas con el acrónimo BDSM (B de *bondage*, D de disciplina y dominación, S de sumisión y sadismo, M de masoquismo). Y además se nos presentan como muy deseadas por las mujeres: a ellas les gusta que las humillen, que las esclavicen; están deseando ser víctimas de vejaciones y experimentar el dolor... y si se lo inflige un hombre rico, elegante y guapo, mejor. Antes de que nos lo confirmara la autora de las “sombras de Grey” para muchos ya era conocida *Histoire d' Ó* (1954), sobre todo gracias al cine (la autora del libro lo es mucho menos: Pauline Réage, pseudónimo que oculta a la intelectual francesa Dominique Aury, aunque tampoco este era su verdadero nombre). Podríamos resumir diciendo que los hombres confunden sus fantasías con los deseos de ellas. Es el perfecto caldo

de cultivo para el sado-masoquismo. Pero ¿recordamos a quién debemos el nombre de estas prácticas? Por supuesto no se trata de una mujer, sino del muy particular y excéntrico Marqués de Sade: Donatien Alphonse François de Sade. El paso del tiempo y la libertad de expresión adquirida en los regímenes democráticos han facilitado la difusión y admiración por las obras artísticas de escritores, escultores, pintores, fotógrafos y directores de cine que han tratado el sexo con gran libertad, ya que esas obras eran prueba evidente de esa libertad adquirida y que tanto trabajo había costado conquistar. Han hecho falta años para que algunas voces femeninas se hayan alzado para denunciar el uso y la exhibición del cuerpo femenino como objeto sexual, lo que resultaba harto evidente en el campo de la publicidad. Quede claro que no se trata de restarles nada de su calidad artística, pero tampoco debemos perder de vista que en estas obras no se trata sino de la materialización artística de los gustos, deseos, obsesiones y preocupaciones de un hombre como cualquier otro, artista o no. Lo que un adolescente escribe o dibuja en un acto no exento de provocación o gamberrismo, es considerado una obra digna de estudio si su autor es Vladimir Nabokov, Henry Miller, Pierre Louÿs, Pablo R. Picasso o Luis Buñuel, unas veces en su vertiente canalla, otras en su más pura esencia artística y literaria.

En España hemos disfrutado de una colección que gozó de cierta consideración, y hasta de un premio literario que era el que le daba nombre: *La sonrisa vertical*. Se trató de un proyecto de la editorial Tusquets para el que su editora, la brasileña Beatriz de Moura, contó con un famoso erotómano español: Luis García Berlanga. Colección y premio inician su andadura en 1977, pero en 2004, tras declarar por segunda vez el premio desierto, la editorial anuncia que ha sido la última edición del mismo. La colección continuó aún unos años hasta llegar al número 150.

Tras un vistazo apresurado y superficial al catálogo completo de obras de esta colección, podemos concluir que no son muchas las autoras presentes en la misma. Una de ellas es Almudena Grandes, quien ganó el premio en 1989 con su primera novela, *Las edades de Lulú*, y con la que empezó su carrera literaria. Tampoco podían faltar las autoras citadas al principio de este artículo: Marguerite Duras y Emmanuelle Arsan. En Francia es una corriente de antiguo recorrido, y los autores (sobre todo hombres, pero no faltan las mujeres) que la han cultivado son conocidos como “libertinos” (*libertins de moeurs* en su acepción erótica y no filosófica, que también la tiene). Podríamos encontrar el origen de esta “escritura libertina” en el siglo XVIII, donde brilla la excelente *Les liaisons dangereuses* (1782), de Choderlos de Laclos.

Pero volvamos a la autora que nos ha traído hasta aquí. Hay una pregunta que nos hacemos cuando leemos sus páginas y nos encontramos con alusiones explícitamente sexuales: ¿esto es erotismo? Sinceramente creo que no. El narrador de *Mon père est femme de ménage* (2009), traducida fielmente en español como *Mi padre es mujer de la limpieza*, nos hace saber a través de flashes

y alusiones dispersas y recurrentes (está claro que la experiencia es traumatizante y que cosas así no se olvidan, aunque se aparquen en el fondo de la consciencia por vergüenza a que los demás las conozcan) cómo su tío lo obligó a mantener sexo oral cuando era un crío. Lo mismo hace Jbara, la protagonista y también narradora de *Confidences à Allah* (2008), traducida también en español con el título *Confesiones a Alá*. En este caso las alusiones no son tan disimuladas. Con su vocabulario soez de campesina de las montañas de Marruecos que no ha recibido instrucción alguna por el simple hecho de que no ha ido a la escuela, desde el principio Jbara nos confiesa (más bien se lo cuenta a Alá, al que al fin y a la postre no debe contarle nada ya que a él nada se le puede ocultar) cómo gracias a ciertas prácticas sexuales con los comerciantes de paso, puede conseguir aquello que más desea: un yogur. A medida que crece, las dificultades aumentan, al igual que sus necesidades, y el sexo seguirá siendo la moneda de cambio para conseguirlo todo y prosperar en la vida. Este comportamiento tiene un claro precedente en nuestra literatura picaresca, con un excelente exponente en *La Lozana andaluza*. Pero mientras en el clásico español del siglo XVI el narrador se deleita en las escenas eróticas a las que añade frescura y gracejo (¿punto de vista del narrador masculino?), en el caso de la protagonista de *Confidences à Allah* no hay ni frescura, ni deleite ni gracia alguna: “yo te hago el servicio y a otra cosa”. Al principio sin tener una clara conciencia de ello, más adelante plenamente consciente de su oficio, Jbara decide que una prostituta *comme il faut* no puede llamarse Jbara, y decide darse el nombre de Shéhérazade (Sherezade), nombre de claras resonancias orientales y sensuales. La falta de alternativas vitales ha llevado a Jbara a ejercer la prostitución, y con ello a ser una víctima más de la explotación sexual, una más de las explotaciones a las que son sometidos los seres humanos víctimas de la enajenación de su trabajo (Karl Marx en sus *Manuscritos de Economía y Filosofía*, citando a Ch. Loudon: *Solutions du problème de la population*, 1842).

Para concluir este bloque queremos manifestar de nuevo que no estamos ante una obra erótica. La literatura erótica se escribe para seducir (esa era la intención de la autora de *Histoire d'Ô*), para divertir, para excitar, para provocar y hasta para enseñar e ilustrar a los lectores sobre las nocivas consecuencias que puede tener el sexo para ellos, como dice un tanto cínicamente Choderlos de Laclos para defender su libro ante el peligro de ser censurado.

Hay aún otro argumento que nos reafirma en nuestra opinión respecto a la falta de erotismo en estas novelas de Saphia Azzedine. Por motivos que saltan a la vista, las adaptaciones cinematográficas de las novelas eróticas han sido igualmente películas eróticas, con imprescindibles elementos visuales que aportan el contenido libidinoso y *voyeur*. Qué duda cabe que en este género más que en ningún otro se hace evidente que una imagen vale más que mil palabras, y ello ha atraído a millones de espectadores. Ahora fijémonos en las escenas de sexo de los libros de los que estamos hablando: no ocupan más de una línea o dos; tan solo son citadas de paso; apenas hay narración ni, mucho

menos, detalles. El entorno es las más de las veces miserable, sórdido, sucio. Dudamos mucho que haya erotismo en las versiones cinematográficas de estas novelas, en la puesta en escena de estas breves alusiones a actos sexuales; de hecho *Confidences à Allah* ha tenido inicialmente una adaptación al teatro en un monólogo, y solo posteriormente ha tenido una versión cinematográfica, al igual que la ha tenido *Mon père est femme de ménage*. No obstante, no podemos asegurar nada respecto a estas adaptaciones por no haberlas visto todavía.

Lo que sí creemos poder afirmar es que nuestra autora no tiene ninguna de esas intenciones eróticas, sino más bien de denuncia social. Su protagonista no tiene dinero. No tiene nada en absoluto: ni instrucción ni derechos. Solo tiene un cuerpo (casi podríamos decir que ni tan siquiera eso cuenta, pues a sus clientes a veces no les interesa nada que no sean sus aberturas corporales: no le miran la cara, no le dicen que es bella –y ella tampoco lo sabe-). Las escenas son breves, rápidas; no hay delectación en la descripción. Desde el punto de vista de ella, no hay nada extraño ni malo en esto, tal es su inocencia; lo único que cuenta es lo que va a tener al acabar y que de otro modo no tendría. ¿Qué otra opción tiene? Total, según su familia y los hombres de su aldea, ella es *haram* -o sea, pecado- por el mero hecho de existir y ser mujer.

Mujer e Islam.

Curiosamente, al final del largo periplo recorrido por Jbara, y tras su paso por la cárcel, donde ingresa por ejercer la prostitución, el destino depara a nuestra protagonista una curiosa segunda oportunidad al poner a un imán en su camino; y como el propósito de la nueva y deteriorada Jbara es la supervivencia, ella acepta su propuesta de matrimonio, aun sabiendo cómo será la vida de la tercera esposa de un jefe religioso.

Y henos aquí en el último binomio que hemos querido tratar en el presente artículo: mujer e islam. Analicemos brevemente la relación histórica entre ambos conceptos.

En las religiones más extendidas, y en sus respectivas culturas (desde el sintoísmo del Japón al cristianismo tradicional de los países occidentales) las mujeres han ocupado un segundo plano con respecto a la figura masculina. La lucha por la igualdad de la que hablábamos en el primer epígrafe ha ido en todos estos países de la mano de la laicización de esas sociedades, y el alcance y desarrollo de estas ha condicionado el grado de emancipación, libertad e independencia adquirido por sus mujeres, el acceso a los puestos de relevancia así como a la adquisición de un estatus político, social y cultural.

En este artículo intentaremos mantener una mirada neutral alejada de los estereotipos que tan frecuentemente encontramos en nuestros medios de comunicación y que tan dañinos resultan a veces para todas las partes implicadas. En este sentido no queremos dejar de citar un hecho que nos

aporta esperanzas sobre las posibilidades de entendimiento entre nuestra sociedad occidental y uno de sus pilares básicos, la libertad de expresión, y el islam.

Lars Hedegaard, un escritor danés que publicó comentarios despectivos y xenófobos contra el islam, sufrió en febrero un atentado que a punto estuvo de costarle la vida. Ahora la Sociedad de la Fe Islámica de Dinamarca ha hecho público un comunicado en el que lamentan el daño que con sus declaraciones han causado, y en el que reconocen el derecho a la libertad de expresión. En 2006 un grupo de imanes daneses recorrieron Oriente Próximo y se presentaron en la Conferencia Islámica de La Meca tras la publicación en unas viñetas satíricas sobre Mahoma en la revista danesa *Jyllands-Posten*. Viñetas semejantes han aparecido posteriormente en publicaciones igualmente satíricas como *El Jueves* en España y *Charlie Hebdo* en Francia. Ahmed Akkari, miembro del Consejo Musulmán de Dinamarca ha dicho recientemente: “lamento haber facilitado el camino a esos imanes, asociaciones y grupos para promocionarse a expensas de (convertirse en) una grave amenaza a los derechos civiles”. Son esas actitudes de intolerancia e incompreensión las que han dificultado la convivencia en nuestras sociedades democráticas, y las que han impedido el acceso de las mujeres a las esferas públicas. Y la condición de la mujer en el islam no es tema que pueda quedar fuera del debate.

Para comprender la visión que el islam tiene de la mujer y la función que le otorga en la vida social, hay que pensar en lo que realmente significa *islám*: sumisión a la omnipotencia divina. El Corán es un código religioso y social revelado a Mahoma, pero no escrito por él, sino por sus “secretarios”, compañeros del Profeta, que enviaron a su viuda para su aprobación lo que habían oído, recordaban y habían escrito. El islam tiene un carácter esencialmente jurídico, y es definido como una ley (*char'ia*). Pero además del Corán, que consta de ciento catorce azoras, hay otra fuente de la ley, la *Sunna*, que designa la conducta, la manera de obrar, y que se aplica a la conducta del Profeta. En este caso se trata de los *hadiz*, que han servido de base a la ciencia jurídica.

En la primera parte de este artículo ya hemos hecho un pequeño recorrido por la historia del feminismo, pero los ejemplos citados se centraban en países europeos y en los Estados Unidos. Al introducir el binomio mujer-islam, queremos hacer una semblanza de la condición de la mujer en esa religión.

En los primeros años del siglo XX se desarrollan en Egipto y Túnez los primeros estudios y reflexiones sobre cuál ha de ser el papel de la mujer en las sociedades musulmanas modernas. Posteriormente, con la llegada al poder de los ayatolás tras la Revolución Islámica de Irán, un grupo de mujeres laicas y feministas se organiza alrededor de la revista *Zanan* (Mujeres), fundada por

Shahla Sherkat. Esta publicación constituirá un foco de debate y pensamiento para las mujeres musulmanas. Estamos al principio de los años 80, pero no es hasta principio de los 90 cuando se elabora el concepto de “feminismo musulmán”. En Egipto, Marruecos y Yemen las feministas han criticado el derecho de familia musulmán. En la República Islámica de Irán algunas feministas musulmanas han asimilado el fundamentalismo mientras que otras han rechazado por completo esta interpretación de la doctrina.

Las autoras que promueven este movimiento pretenden encontrar un espacio para el feminismo sin traicionar el dogma y los valores musulmanes, de la misma manera que se puede hablar de feminismos cristiano y judío. Este feminismo parte del concepto de *ijtihad*, o interpretación del Corán, y en él se concede un valor central a la educación de las mujeres como forma de emancipación. De la misma manera, la interpretación de los *hadiz* se basará en la idea de igualdad entre hombres y mujeres introducida por el Corán en el concepto de *insan*. Además, algunos intérpretes han tratado de eliminar los *hadiz* considerados apócrifos, es decir, no atribuibles al Profeta, como ya hicieran algunos autores persas en el siglo IX, cuando se establecieron las seis colecciones que han recibido la aprobación oficial, así como los que se consideran misóginos. Así pues, y pese a todas estas interpretaciones y reinterpretaciones, “la ley islámica no es más que la expresión de un contrato que el Señor otorga al creyente, simple esclavo puesto en posesión de un *estado jurídico* privilegiado” (Dominique Sourdel, *El Islam*, 1973).

Para completar los puntos de vista sobre la convivencia de ambos conceptos, citaremos a la representante del colectivo francés *Pénélopes*, Caroline Fourest, quien considera el concepto de “feminismo islámico” como un oxímoron, siendo imposible su viabilidad.

¿Y qué nos dice la ley coránica sobre la condición de la mujer? Todo lo referente a ella se encuentra recogido en el apartado que rige la vida familiar y el matrimonio. Estas reglas se superpusieron a las antiguas costumbres que ya existían en aquellas sociedades, incluyendo prácticas de origen mágico arraigadas, y mantenían formas patriarcales, de modo que no es de extrañar que se reglamentara la poligamia, o que el matrimonio se considerara como un contrato en el que el marido paga una dote con el consentimiento de las partes. La mujer es incapaz jurídicamente y es reemplazada por su tutor matrimonial. El Corán afirma abiertamente su inferioridad ya que ante la justicia su testimonio vale la mitad que el del hombre. El jefe de familia goza de una autoridad absoluta, por lo que rara vez la mujer podrá aprovecharse de las ventajas que la ley le concede, como por ejemplo pedir la anulación del matrimonio por causa grave (y en este caso solo si hay consentimiento mutuo en el divorcio, ya que solo el marido tiene derecho a repudiar a su mujer). Ahora bien, también se dice que se debe tratar a la mujer con justicia y respeto; o se le reconoce el derecho a conservar su dote al vivir en un régimen de separación de bienes. Desde su nacimiento, las niñas están destinadas al

matrimonio, privadas de instrucción, y se explicita que las madres no deben educar ni instruir a los niños al superar estos los siete años, misión que queda reservada a los hombres. En materia sexual se impone a las mujeres una continencia absoluta, en tanto que se concede cierta tolerancia a los hombres en consideración a sus impulsos irrefrenables.

Es aquí donde cobra especial significación el sentido del honor (*'ird*), estrechamente vinculado al prestigio social. El hombre considera a la mujer como algo sagrado (*haram*) que hay que preservar. Es tabú, como lo es el nombre de dios, para el que en el Corán se recogen hasta noventa y nueve denominaciones diferentes. Y es ahí donde radica la ambigüedad de la consideración hacia las mujeres: hay que protegerlas, guardarlas, hurtarlas a la vista del resto del mundo en nombre de ese respeto cuasi sagrado, que en el fondo no es más que la afirmación de la incapacidad de la mujer para emanciparse y ser independiente. En el uso corriente del lenguaje, el término *haram* ha evolucionado y ha acabado asimilado al concepto de “pecado”, sentido en el que es usado por las protagonistas de *Confidences à Allah* y *La Mecque-Phuket* (2010), Jbara y Fairouz, tal y como se les ha transmitido e inculcado.

Desde principios del siglo XX muchos teólogos y estudiosos (*ulemas*) - ya hay mujeres que han alcanzado esta distinción en la Universidad Al-Azhar de El Cairo, y hasta hay quien pretende que puedan ser nombradas oficialmente *muftis*, es decir, juristas- han propuesto una relectura del libro sagrado del islam. De igual modo y en sentido contrario, también son numerosas las mujeres que han considerado el feminismo como una invención occidental y una instrumentalización neo-colonial de la causa de las mujeres.

Encontramos un intento reciente de actualizar la condición de la mujer en la sociedad musulmana en Marruecos. Mientras que algunos autores ven en la reforma del Código de la familia *Mudawana* de 2004 un caso ejemplar de legislación fundada en la sharía pero conjugando las ideas de justicia social e igualdad entre géneros (establece la igualdad de mujer y hombre como “jefes del hogar”, elimina la poligamia y reconoce el derecho al divorcio tanto al hombre como a la mujer), otros no acaban de despejar sus dudas sobre si este proceso de institucionalización del islam y de integración de las reivindicaciones feministas no es más que una instrumentalización de las mujeres con fines políticos.

El islam en las *cités*.

Esta polaridad de puntos de vista ha tenido su correlato en Francia, donde no podemos obviar la numerosa población musulmana que llegó en los años de mayor inmigración. Esta población fue mayoritariamente alojada en los alrededores de las grandes ciudades industriales -especialmente París-, en lo que se conoce como las *cités* (ciudades-dormitorio de la periferia, formadas por

bloques enormes de apartamentos minúsculos, viviendas sociales donde viven miles de familias) o la *banlieue*; pero no solo la procedente del Magreb, sino también la procedente del Caribe, del Sureste Asiático y de todas las antiguas colonias tras la descolonización, de igual forma que la inmigración procedente de países europeos como Portugal, España, Italia o de los antiguos países comunistas como Polonia, Rumanía... La conocida película de Laurent Cantet *Entre les murs* (2008) -titulada en español *La clase*- nos da una visión muy real de esas comunidades a través de la vida en un instituto de la periferia de París. Las condiciones de vida y las relaciones interpersonales en estas barriadas han devenido en un problema social, ya que tales aglomeraciones han acabado convirtiéndose en guetos, donde el paro, la delincuencia y la falta de oportunidades para los jóvenes han constituido un caldo de cultivo idóneo para la rabia de estos, que ha degenerado en situaciones de violencia incontrolada (un buen ejemplo de ello son las quemas de coches que de cuando en cuando vuelven a brotar al menor incidente con la policía). En relación a estas manifestaciones juveniles de descontento, es curioso observar la insignificante, si no nula, presencia de chicas. Una vez más la mujer, incluso en estas comunidades radicadas en el corazón de Europa, queda recluida al ámbito doméstico, sin participar en la vida social (lo que no es el caso en las primaveras árabes, donde sí han participado mujeres de todas las edades, especialmente en Egipto). En estas *cités* se reproduce el modo de vida de los países de origen de religión musulmana, y en concreto el “código de honor de la familia”, por lo que se han producido bastantes casos de aplicación de la sharía en un ámbito exclusivamente familiar, de la misma forma que algunas prácticas contrarias a los más elementales derechos humanos se siguen practicando con la mayor “discreción” –nos estamos refiriendo, obviamente a la ablación del clítoris de las niñas, o al arreglo de matrimonios de niñas con hombres mucho mayores que ellas- sin que las autoridades lleguen a tener conocimiento de tales prácticas ni por supuesto a poder evitarlas. Y en marzo de 2012 tuvimos noticia de la matanza ocurrida en Montauban y en Toulouse a manos de Mohamed Merah, un joven nacido en Francia en el seno de una familia llegada de Argelia, que acabó con su vida tras asesinar a siete personas, tres de ellas niños que estudiaban en una escuela judía, además de un adulto y tres policías.

Mayoritariamente son jóvenes de origen africano, pertenecientes a la segunda y tercera generaciones, es decir nacidos en Francia (conocidos como *les beures*) los que han sufrido esa sensación de frustración y engaño: criados en una sociedad que les hizo creer que todo estaba a su alcance, han visto cómo esa sociedad los rechazaba negándoles las oportunidades y el bienestar que tan cerca tenían. No así a sus padres que constituyeron una fuerza laboral indispensable para el desarrollo industrial y económico de Francia en los años 60, y que han encontrado en el país de acogida las oportunidades laborales que sus países de origen les negaban, aunque no se pueda afirmar con la misma seguridad que hayan sido tratados con dignidad y consideración. Se podría decir más bien que fueron aceptados y ubicados en esas zonas periféricas, sin

que se haya llegado a producir una auténtica integración de las poblaciones de acogida y las que llegaban desde todos los puntos cardinales.

Fairouz, la narradora de *La Mecque-Phuket*, reside en una de estas *cités*. Allí vive esa dicotomía entre un modo de vida occidental y la fidelidad a su religión, y de forma más general a una cultura. Fairouz es la hija mayor de una familia de inmigrantes, que a base de esfuerzo e inteligencia (es universitaria) ha sido capaz de romper las fronteras opresivas de ese micro-mundo y es capaz de verlo con una mirada crítica. Ella misma se reconoce una inteligencia práctica y una idiotez teórica, y a menudo se recrimina a sí misma su inclinación a ceder ante las convenciones sociales, su falta de decisión para hacer lo que realmente quiere, en tanto que nadie, ni en su familia ni en su entorno, parece querer hacer nada por mejorar esas condiciones de vida, incluso sin renunciar a su cultura ni a su religión. El mismo título del libro nos da una idea de la dialéctica interior de la protagonista, para la que le es necesaria una gran dosis de valentía y firmeza, y de la que no siempre sale indemne.

En estas *cités* el islam ha echado raíces, a veces como reacción y rechazo a la cultura occidental (francesa en este caso) y al capitalismo dominante; y en particular en los últimos años se ha impuesto un código moral que ha hecho empeorar las condiciones de vida y retroceder la consideración de las mujeres. No son ajenas a ello las nuevas tecnologías y la globalización que estas conllevan, lo que ha permitido a los imanes de los países del Golfo y de la Península Arábiga llevar su mensaje de intolerancia e integrismo a todos los hogares a través de cadenas de televisión por cable o por satélite subvencionadas por las monarquías árabes de aquellas latitudes. Como nos explica Houda Louassini en un reciente artículo en *El País* (*¿Réquiem por Tánger?*), es una interpretación del Corán salafista, wahabí, la que se ha extendido y ha inoculado en las mentes de las jóvenes generaciones de origen árabe la imagen de la civilización occidental como culpable de la situación de injusticia, pobreza y humillación que viven estos jóvenes (y menos jóvenes) sin oportunidades de trabajo ni de ascensión social. Son también los predicadores instruidos en Arabia Saudí, y financiados por los jeques, los que consolidan este integrismo islamista, apoyado en asociaciones de beneficencia muy activas. Frente a todo esto, Louassini nos dice que el Profeta fue “un innovador indiscutible de su tiempo; consiguió cambiar la situación legal de la mujer otorgándole unos derechos revolucionarios para el contexto sociocultural de la Arabia de entonces. Catorce siglos después, los islamistas continúan pensando que es un estatuto válido para la sociedad actual (...). El islam tiene su época y su lugar (...) y el Corán invita a los creyentes a reflexionar, debatir y razonar:”

En este contexto sociocultural surgió en 2003 el movimiento “Ni putas ni sumisas” (Ni putes ni soumises, NPNS). En principio se trató de una marcha con el mismo nombre que recorrió 23 ciudades francesas, pero visto el éxito obtenido quedó registrada en abril de 2003 como asociación, cuyos fines

son “la defensa del derecho de las mujeres, la promoción del respeto, de la laicidad y de la igualdad”. Se definen como un movimiento “mixto, popular y feminista”, pero desde su origen han sido numerosas las personalidades árabes que han ocupado sus cargos directivos (su primera presidenta fue Fadela Amara, quien fue nombrada pocos años más tarde Secretaria de Estado en el gobierno de François Fillon, primer ministro con Nicolas Sarkozy; y desde el congreso de diciembre de 2011 ostenta la presidencia Asma Guenifi, anterior secretaria general). No en vano, su génesis se encuentra en la ONG “Maisons des Potes” (Casas de los colegas), próxima a “SOS Racisme”, y promotora de la marcha que dio origen al movimiento.

Entre sus principales campañas podemos citar tres especialmente significativas. Dos de ellas son campañas de denuncia de esas prácticas criminales contra las mujeres en nombre del “honor” o de la visión de estas como sujetos sin derechos:

La primera se desarrolla con la publicación del libro de Samira Bellil titulado *Dans l'enfer des tournantes* (2002), en el que narra su experiencia de niña sometida a la ley de esas *cités*, violada por primera vez con 13 años y posteriormente en reiteradas ocasiones de forma colectiva (estas violaciones colectivas reciben en francés el nombre de *tournantes*). Fue madrina del movimiento NPNS hasta 2004, fecha en la que murió víctima de un cáncer de estómago.

La segunda se inicia tras el asesinato en 2002 de Sohane Benziane, una joven de 17 años quemada viva en Vitry-sur-Seine por su ex-novio de tan solo 19 años.

La tercera campaña se desarrolló en mayo de 2010, y pretendía sensibilizar a los diputados de la Asamblea Nacional para que aprobaran la ley que prohibiría el *burqa* en los espacios públicos.

Gran rival de este movimiento es “Indigènes de la République” (Indígenas de la República), fundado en 2005 y que se define como anti-racista y anti-sionista. Sus pronunciamientos sobre los temas de actualidad política, tanto interior como exterior, no han estado exentos de polémica. Por ejemplo, han condenado las intervenciones armadas de la OTAN en Afganistán y de los Estados Unidos y el Reino Unido en Irak; han apoyado al movimiento libanés Hezbollah en su enfrentamiento con el estado de Israel. Pero también han mostrado su rechazo a la homosexualidad como una “identidad universal” (para este movimiento, se trata de una noción occidental que no se adapta al mundo árabe y africano, si bien no la llegan a considerar una tara), y se han posicionado contra las leyes votadas en el parlamento francés relativas a la prohibición de los símbolos religiosos en la escuela, o para prohibir el ocultamiento del rostro en los espacios públicos -que hemos citado más arriba y conocida como “ley anti-*niqab*”-, en abierta oposición a NPNS, iniciativas

políticas a las que califica de islamófobas y basadas en estrategias electoralistas, considerando a la mayoría de las corrientes de la izquierda occidental como etnocentristas. Así, su portavoz, Houria Bouteldja, ha criticado estas políticas trazando una línea que va desde la ceremonia de Argel de 1958, en la que miles de mujeres se quitaron públicamente el velo en presencia del general De Gaulle (Cérémonie du dévoilement), hasta nuestros días con la aparición del movimiento NPNS, del que hemos hablado anteriormente, y al que considera, usando una expresión de Louis Althusser, “instrumento ideológico de estado”.

Saphia Azzedine.

Este es el nombre de la autora que puede dar respuesta al interrogante con el que hemos titulado este artículo. No es la única, evidentemente, como también ha quedado claro en las páginas anteriores, pero su estilo directo, su frescura, la naturalidad con la que trata los temas más escabrosos, su insolencia, hacen de ella una escritora interesante con tan solo 33 años.

En la corta pero interesante obra de Saphia Azzedine (cuatro libros en cuatro años) todos los temas que hemos analizado a lo largo de estas páginas encuentran un lugar; y sus libros, si bien relativamente cortos, son como disparos, foganazos de lucidez y rebeldía ante unas condiciones difíciles y a menudo crueles para los inmigrantes en general y particularmente para las mujeres (en concreto para las musulmanas, víctimas de esa triple condición).

Saphia Azzedine nació en 1980 en el seno de una familia musulmana en Agadir (Marruecos), donde vivió hasta los nueve años. Ha sido educada en el islam, pero sus padres emigraron a Francia con el objetivo de dar estudios y oportunidades a su hija. Salida de una familia mixta (su padre es marroquí pero su madre es medio francesa, medio marroquí) y de clase media (sus padres se dedican a la costura), sin haber vivido nunca en las *cités*, se licenció en Sociología y estuvo algunos años buscando cuál había de ser su camino antes de decidirse por la escritura: pasó un año sabático en Houston y trabajó en una empresa de diamantes en Ginebra (Suiza). Posteriormente empezó a trabajar como periodista, guionista y escritora.

Fue conocida en la prensa francesa por su relación con un joven actor cómico francés de éxito, Jamel. Tras su ruptura con él, inició su carrera literaria. Durante años anduvo con el manuscrito de *Confidences à Allah* buscando editor. Finalmente alguien la puso en contacto con el editor Léo Scheer, quien en 2008 publicó su primera novela, y donde ha seguido publicando las tres siguientes. Desde entonces ha cosechado un éxito tras otro con cada uno de sus títulos. Como último dato de su biografía, mencionaremos que en 2009 fue madre de un hijo.

Simultáneamente a su carrera literaria ha desarrollado otras facetas artísticas: ha dirigido la versión cinematográfica de *Mon père est femme de ménage*

(2010), y como actriz debutó ese mismo año dando la réplica a Kad Merad en el film *L'Italien*, de Olivier Baroux. Su primera novela, *Confidences à Alla*, ha sido convertida en obra de teatro por Gérard Gélas, siendo estrenada con gran éxito en el festival Off de Avignon en 2008. También ha realizado la versión cinematográfica de esta novela, así como la de *La Mecque-Phuket*. Actualmente prepara un nuevo monólogo teatral a partir del texto de *Héros anonymes*, su última novela. Con ella ha conseguido en 2012 el premio de narrativa en francés La Mamounia, en Marruecos. Sus obras ya han sido traducidas a varias lenguas (hebreo y español entre ellas). Y sus colaboraciones en la prensa francesa son cada vez más frecuentes.

No podemos pronunciarnos sobre cuál es su relación actual con el islam, ni sabemos si es creyente o practicante. En una entrevista concedida a una revista francesa en 2009 se refirió a lo que se esperaba de una joven escritora árabe desinhibida a la que se consideraba algo escandalosa en relación al islam. Su respuesta a la periodista fue: “paso; lo que me interesa son las historias de hombres, de mujeres que no se escuchan nunca, como las de las prostitutas”. Pero lo que sí es cierto es que la relación de sus personajes, y especialmente los femeninos, con el islam nos llama poderosamente la atención, y ese es el caso de dos de sus novelas: *Confidences à Allah* y *La Mecque-Phuket*.

¿Y qué papel juega la familia en sus obras? Ya hemos visto en un apartado anterior cómo el ámbito que el islam reserva a la mujer es el de la familia, por lo que para nuestra autora y sus protagonistas este es un tema recurrente. Sin duda, Saphia Azzedine debe haber vivido muy estrechamente unida a ella, a sus padres e incluso a sus abuelos en Marruecos, a los que de vez en cuando sigue haciendo visitas. Es este un hecho habitual en las familias árabes, como todos los españoles sabemos por verlos todos los veranos en nuestras carreteras: esa casi peregrinación anual ritual que todos los inmigrantes hacen hacia sus lugares de origen, cargados de los bienes de consumo y bienestar material que pueden mejorar las condiciones de vida de sus familiares que aún viven allí. Esta realidad está claramente expuesta en *La Mecque-Phuket*. Pero de una forma u otra en las cuatro novelas la familia tiene un papel central; es un eje alrededor del que pivotan los personajes, ya se encuentren alejados de ella, ya vivan aún en su seno; sean de confesión musulmana o no.

Los narradores son siempre jóvenes, a veces incluso muy jóvenes, recién ingresados en la adolescencia, por lo que la familia es el primer mundo que conocen. Por esa razón esta se convierte ora en la diana de los reproches de los protagonistas, el centro de sus diatribas y de su odio (este se dirige al padre o a la madre, al que encuentra culpable de la situación, o incluso a los dos por no ser capaces de reorientar las vidas de sus hijos), ora en el apoyo que necesitan para iniciar su propio camino, y en estos casos se les mira con ternura y cariño. En cualquiera de los dos casos, son numerosas las alusiones

de Saphia Azzedine a la importancia de la educación como vía de liberación y en definitiva de mejora en las condiciones de vida, así como la mejor forma de prevenir las injusticias y la violencia, ya que esas son las condiciones en las que se desarrollan los elementos que pueden resquebrajar la sociedad.

Esto es especialmente relevante en el caso de muchas mujeres en algunas sociedades muy islamizadas (como por ejemplo entre los taliban), tradicionalmente apartadas de la enseñanza para reducir las, a partir de la adolescencia, a un papel secundario respecto al hombre, del que son totalmente dependientes. Baste recordar el caso de Malala Yusufzai, la niña paquistaní que se ha convertido en el icono de la instrucción femenina por su cruzada para reivindicar el derecho de asistir a la escuela, víctima de un acto criminal en su país, Paquistán, con tan solo 12 años. Recordemos una vez más que ese es el camino emprendido por Fairouz.

En las cuatro novelas publicadas hasta ahora, Azzedine ha recurrido a la primera persona, convirtiendo cada una de ellas en un monólogo, más íntimo o más narrativo según el caso. Ese recurso literario a la primera persona le permite utilizar un lenguaje muy oral, con el que traza un retrato exacto y fiel del personaje: su origen, su nivel cultural y económico, sus filias y sus fobias. El estilo puede ser vulgar, popular, irónico, agresivo, hiriente. Puede expresar sentido del humor, rabia, odio, abandono, miedo. Los personajes narradores utilizan el mismo vocabulario que los demás personajes que les rodean y con los que conviven. Por ello abundan las palabras y hasta las frases en árabe o en un francés lleno de errores sintácticos y gramaticales (entre los miembros de la familia y otros inmigrantes de su comunidad), los anglicismos (la influencia de los medios de comunicación globalizados y la omnipresencia de la *lingua franca*, el inglés), la jerga de los barrios populares (el *verlan*, estrategia lingüística diferenciadora que consiste en convertir el francés en una lengua incomprensible para los no iniciados, al pronunciar las palabras al revés, es decir empezando por la última sílaba: *à l'envers* se convierte en *verlan*, término que da nombre a este argot).

También son reconocibles las huellas de otros escritores franceses clásicos del siglo XX en cuyas lecturas Saphia Azzedine ha debido encontrar momentos de deleite e inspiración. Así, el mundo de la *banlieue* ya lo conocimos en *Les petits enfants du siècle* (1961), de Christiane Rochefort. El inicio en el sexo de Jbara ya lo encontramos en *L'amant*, de Marguerite Duras. Y los párrafos de antisemitismo de Ryan (*Héros anonymes*), remiten al panfleto de Louis-Ferdinand Céline *Bagatelles pour un massacre*, editado en 1936 y reeditado con éxito durante el régimen de Vichy y la ocupación. De igual modo podemos ver en su obra su gusto por Patrick Modiano (el tema de la búsqueda de la identidad).

Respecto a los temas tratados, Saphia Azzedine considera haber hecho una exposición de la “confrontación universal” (se entiende que entre culturas

y seres humanos) en sus tres primeras novelas, que constituirían así una trilogía con ese nombre. El medio utilizado en esas tres novelas (*Confidences à Allah*, *Mon père est femme de ménage* y *La Mecque-Phuket*) y también en la última (*Héros anonymes*) es la autobiografía de cada uno de los protagonistas. Pero mientras en *Confidences à Allah* y *La Mecque-Phuket* encontramos la mirada de unas chicas, su lucha por prosperar en la vida, y todo ello acompañado con sus opiniones sobre todo lo que las rodea (la familia, la religión, las formas de vida de los burgueses nativos o de los musulmanes ricos de Francia o de Marruecos con los que se relacionan), en *Mon père est femme de ménage* y *Héros anonymes* el punto de vista es masculino. Los personajes son chicos que buscan su lugar en el mundo. Polo (el hijo de *Mon père est femme de ménage*) intenta destacar en algo para lo que se ve dotado: el lenguaje, la escritura; por el contrario Ryan, el terrorista de *Héros anonymes*, solo abraza odio bajo una apariencia corriente, y busca en internet un foro en el que ser conocido.

Los protagonistas de cada una de las novelas constituyentes de la trilogía nos transmiten una cierta ternura y asistimos a sus esfuerzos por superar las miserias cotidianas. En el caso de *Héros anonymes*, Ryan, el narrador, es un tirano, un resentido violento, un fascista frustrado y vengativo contra el mundo, contra la sociedad a la que ve culpable de su situación.

Saphia Azzedine ha puesto de manifiesto algunas coincidencias entre este personaje y Mohamed Merah en su artículo *Ce Jeune homme nous a mis à l'amende*, publicado en el semanario *Le point*. Ambos son un “don nadie” que se cree superior respecto a la mediocridad que lo rodea y busca su momento de gloria. Pero ese momento, además de ser criminal, es estúpido, inútil. Lo malo de todo ello es que nuestra sociedad da cobijo a estos seres anómalos, enfermos; hasta encuentran seguidores y admiradores en los medios, especialmente Internet. Ni nuestra sociedad ni nuestros políticos saben ver dónde, cómo y cuándo se produce este fallo. Las medidas para combatirlos a veces van en el sentido de la sospecha y la desconfianza entre ciudadanos, del miedo al otro, al que ya no vemos como vecino sino como posible criminal. Concluye Saphia Azzedine en este artículo preguntándose si Francia no está ya preparando su *Patriot Act*.

Poco importa el credo, la filosofía o la filiación política de estos criminales camuflados en nuestra sociedad. Situaciones semejantes se han producido en Noruega, en el Reino Unido, en Estados Unidos, en España. No es el viejo terrorismo organizado. Es el odio, la frustración, el tiempo de los salvadores y los vengadores que se creen superiores a los demás.

Saphia Azzedine nos ofrece flashes de esta realidad y nos acerca a los dramas humanos que pueden descarrilar y... ¡Qué fácilmente se puede perder la paz, la tranquilidad y todo aquello en lo que basamos nuestra felicidad! ¡Qué difícil resulta abrirse paso a las mujeres, jóvenes y mayores, que aspiran a romper el techo de cristal de su promoción social! ¡Qué necesaria la educación como medio de alcanzar la libertad y la igualdad sin necesidad de recurrir a la

guerra y la imposición en nombre de una supuesta liberación venida desde el exterior! Pensémoslo un poco para ver si merece la pena intentar cambiar algo las cosas: conocernos, acercarnos, desde el respeto a las diferencias y en nombre de la convivencia y la integración. No nos resignemos porque los enemigos abundan y solo esperan su oportunidad. Y esa oportunidad les llega antes de que nos demos cuenta, mientras las víctimas aún esperan la suya.

BIBLIOGRAFÍA

Publicaciones de Saphia Azzedine:

- *Confidences à Allah* (2008)
- *Mon père est femme de ménage* (2009)
- *La Mecque-Phuket* (2010)
- *Héros anonyms* (2011)

Obras consultadas:

- Azzedine, Saphia, *Ce jeune homme nous a mis à l'amende* (artículo publicado en Le point.fr, 20 de marzo de 2012)
- Lagarde, André y Michard, Laurent, *Les grands auteurs français. Anthologie et histoire littéraire. XXe siècle* (Ed. Bordas, 1988)
- Louassini, Houda, *¿Réquiem por Tanger?* (El país, 24 de marzo de 2013)
- Marx, Karl, *Manuscritos de Economía y Filosofía* (Alianza Editorial, 1972)
- Rodinson, Maxime, *Los árabes* (Siglo XXI de España Editores, S.A., 1981)
- Sourdel, Dominique, *El Islam* (Colección ¿Qué sé?, nº 95, ed. Oikos-tau, 1973)
- Página web oficial de Saphia Azzedine: www.saphiaazzedine.com/saf/
- Wikipedia